

**LAS RAZAS CON  
“TERCER OJO”**



El asunto es tan extraño, las sendas que se siguen son tan intrincadas, están tan llenas de trampas peligrosas preparadas por las teorías y la crítica adversas, que hay que presentar buenas razones a cada paso que se da. A la vez que lanzamos la luz proyectora del esoterismo, sobre casi cada pulgada del terreno oculto por el cual hemos caminado, tenemos también que emplear su lente para poner aún más de relieve las regiones exploradas por la ciencia exacta; y esto no solo para contrastar las dos, sino también para defender nuestra posición<sup>1</sup>.

---

1 Por lo sugestivo, recomendamos un corto artículo del vizconde de Figanière, M. S. T., en *The Theosophist*, titulado “Estudios Esotéricos”. Su autor desarrolla en él una teoría completamente oculta, aun cuando es una idea nueva para el mundo —“el progreso de la Mónada concurriendo con la retrogradación de la Forma, esto es, con el decrecimiento de la vis formativa” (vol. VIII, pág. 666)—. Dice él: “Quién sabe qué forma sirvió de vehículo al ego en anillos (¿rondas o razas?) remotos? ... ¿No puede el tipo del hombre... haber sido el de una variedad del *Simiadae*? ¿No podría estar basada la fama del Reino de los Monos del Râmâyana, en alguna lejanísima tradición sobre un periodo en que este era el destino o, más bien, el aspecto común del hombre?” Y el autor desenvuelve una exposición muy hábil, aunque demasiado corta, de su teoría, diciendo lo que todo ocultista verdadero aceptará como propio: “Con el hombre físico etéreo tiene que haber involución de sexo. Así como el hombre físico-astral dependió de entidades de la clase subhumana (desenvuelta de prototipos animales) para su renacimiento, así también el hombre físico-etéreo encontrará entre los órdenes preciosamente formados que proceden del plano aéreo, uno o más que se desarrollarán para sus sucesivas encarnaciones, cuando

Puede que algunos se quejen de que se dice muy poco del aspecto físico humano de las razas extinguidas en la historia de su desarrollo y evolución. Mucho más pudiera seguramente decirse si la simple prudencia no nos hiciese vacilar en el principio mismo de toda nueva revelación. Todo lo que presente probabilidades y jalones dentro de los descubrimientos de la ciencia moderna se da; todo lo que el conocimiento exacto ignora y sobre lo cual no puede especular, y que, por tanto, negaría como un hecho en la naturaleza, se reserva.

Pero aun declaraciones tales, como, por ejemplo, las de que entre todos los mamíferos el hombre fue el primero en aparecer, que el hombre es el antecesor indirecto del mono, y que fue una especie de cíclope en los tiempos primitivos, todo esto será rechazado; y, sin embargo, los hombres científicos nunca podrán probar, excepto para su propia satisfacción, que no sucedió así. No pueden tampoco admitir que las dos primeras razas de hombres fuesen demasiado etéreas, y semejantes a fantasmas en su constitución, en su organismo y hasta en su forma, para ser llamadas de hombres físicos. Si lo hiciesen, se vería que esta es una de las razones por que sus reliquias no podrán jamás ser exhumadas entre otros fósiles. Sin embargo, todo esto lo sostenernos. El hombre fue el depósito, por decirlo así, de todas las semillas de vida en esta ronda, lo mismo animal que vegetal<sup>2</sup>. Así como Ain Soph es “Uno, a pesar de las for-

---

*se den formas procreadas —proceso que incluirá solo muy gradualmente a toda la especie humana. Las razas [¿pre?] adámicas y postadámicas eran gigantes; sus dobles etéreos puede que sean liliputienses —hermosos, luminosos, diáfanos—, pero seguramente serán gigantes por el entendimiento” (pág. 671).*

- 2 Puede objetarse que esto es una contradicción. Que, habiendo aparecido la primera raza-raíz 300 000 000 de años después de haberse desarrollado la vegetación, la semilla de la vida vegetal no podía estar en la primera raza. Nosotros decimos que sí podía; pues hasta la aparición del hombre en esta ronda, la vegetación era de una especie muy distinta de la de ahora, y completamente etérea; y esto por la sencilla razón de que ninguna hierba ni planta podía ser física, antes de que hubiese animales u otros organismos que exhalasen el ácido carbónico que la vegetación tiene que absorber para su desarrollo, nutrición y crecimiento. Son cosas interdependientes en sus formas concluidas y físicas.

mas innumerables que están en él”<sup>3</sup>, así el hombre es, en la tierra, el microcosmo del macrocosmo.

Tan pronto como apareció el hombre, todo se completó..., pues todo se halla comprendido en el hombre. Él reúne en sí mismo todas las formas<sup>4</sup>.

El misterio del hombre terrestre viene después del misterio del Hombre Celeste<sup>5</sup>.

La forma humana —llamada así por ser el vehículo (cualquiera que sea su configuración) del hombre divino— es, como lo observó tan intuitivamente el autor de los “Estudios Esotéricos”, el nuevo tipo, al principio de cada ronda.

El hombre no puede nunca estar manifestado, como nunca lo estuvo, en una forma perteneciente al reino animal *in esse*, es decir, nunca ha formado parte de ese reino. Derivada, solo derivada de la clase más perfecta de este último, una nueva forma humana tiene que haber sido siempre *el* nuevo tipo del ciclo. la forma humana de un anillo [?], según imagino, se convierte en vestido desechado en el próximo; y entonces pasa a ser propiedad de la clase más elevada en el reino inmediatamente inferior<sup>6</sup>.

Si la idea significa lo que creemos —pues los “anillos” mencionados hacen el asunto algo confuso—, entonces es la Enseñanza Esotérica correcta. El hombre —el astral o el “alma”, pues el *Zohar*, repitiendo la Enseñanza Arcaica, dice claramente que “el hombre *real* es el alma, y que su constitución material no forma parte de ella—, habiendo aparecido desde el principio mismo, y a la cabeza de la vida

---

3 *Zohar*, I, 21 a.

4 *Ibid.*, III, 48 a.

5 *Ibid.*, II, 76 a.

6 *Ob. cit.*, pág. 666.

senciente y consciente, se convirtió en la unidad animal viviente, cuyas “desechadas vestiduras” determinaron la forma de todas las vidas y animales en esta ronda<sup>7</sup>.

Así “creó” él, inconscientemente, durante edades, los insectos, los reptiles, las aves y los animales, procedentes de sus restos y de las reliquias de la tercera y cuarta rondas<sup>8</sup>. Esta misma idea y enseñanza se expresan con igual claridad en el *Vendîdâd* de los mazdeístas, así como en la alegoría mosaica y caldea del arca, todas las cuales son las muchas versiones nacionales de la leyenda original que se da en las Escrituras indas. Encuéntrase en la alegoría del Manu Vaivasvata y su arca con los siete Rishis, a cada uno de los cuales se le presenta como padre y progenitor de especies animales, de reptiles y hasta de monstruos, así como en el *Vishnu* y otros Purânas. Abrase el *Vendîdâd* zazdeísta, y léase la orden de Ahura Mazda a Yima, un espíritu de la tierra que simboliza a las tres razas, después de decirle que construya una vara, “un cercado”, un Argha o vehículo.

Allí [dentro del Vara] llevarás las semillas de hombres y mujeres, de las clases grandes, mejores y más refinadas de esta tierra; allí llevarás las semillas de toda especie de ganado, etc... Todas estas semillas traerás, dos de cada especie, para conservarlas allí perdurablemente, durante el tiempo que aquellos hombres permanezcan en el vara<sup>9</sup>.

Aquellos “hombres” encerrados en el “Vara” son los “progenitores”, los Hombres Celestes o Dhyânis, los egos futuros encargados de

---

7 Declárase en el *Zohar* que los “mundos primordiales” (chispas) no pudieron continuar porque el hombre no existía todavía. “La forma humana lo contiene todo; y como no existía aún, los mundos fueron destruidos”.

8 Estos restos, creemos, debe entenderse que se refieren a los residuos astrales de la actividad del hombre; es decir, a sus formas sentidas y pensadas, que proporcionaron “moldes” involutivos para la vida evolutiva de los otros reinos. N. del R.

9 “Libros Sagrados del Oriente”, vol. IV; *The Vendîdâd*, J. Darmesteter; Fargard, II, XV, 27 (70) y 28 (74).

animar a la humanidad. Pues el Vara o arca, o sea el vehículo, significa sencillamente el hombre<sup>10</sup>.

Sellarás el Vara [después de llenarlo con las semillas] y harás una puerta, y una ventana que alumbre al interior [la cual es el alma]<sup>11</sup>.

Y cuando Yima pregunta a Ahura Mazda lo que tenía que hacer para construir aquel Vara, se le contesta:

Desmenuza la tierra... y amásala con tus manos, como hace el alfarero cuando amasa la arcilla<sup>12</sup>.

El Dios egipcio de cabeza de morueco hace al hombre de barro en una rueda de alfarero, y así también en el *Génesis* los Elohim lo construyen del mismo material.

Cuando se sigue preguntando al “Hacedor del mundo material”, Ahura Mazda, qué es lo que dará la luz “al Vara que Yima hizo”, contesta que:

Hay luces increadas y luces creadas. Allí [en Airyana Vaêjô, donde el Vara es construido], las estrellas, la luna y el sol solo se ven una vez (al año) salir y ponerse, y un año parece solamente un día [y una noche]<sup>13</sup>.

---

10 Este es el sentido cuando la alegoría y el símbolo se abren y se leen con la clave humana, o clave de la antroposofía terrestre. Esta interpretación del simbolismo del “arca” no interviene en lo más mínimo en sus claves astronómicas, ni aun teogónicas; ni con ninguno de los otros seis significados. Tampoco parece menos científica que las teorías modernas sobre el origen del hombre. Como se ha dicho, tiene ella siete claves, como todo lo demás.

11 *Ibid.*, pág. 98.

12 *Ibid.*, pág. 18.

13 *Ibid.*, pág. 20.

Esta es una clara referencia a la “tierra de los Dioses”, o las (ahora) regiones polares. Además, contiene este versículo otra alusión, una indicación clara a las “Luces increadas” que iluminan al hombre interno: a sus “principios”. De otro modo, ningún sentido ni razón podría encontrarse en la contestación de Ahura Mazda, a la que siguen inmediatamente estas palabras:

Cada catorce años, a cada pareja [hermafrodita] nacen dos: un macho y una hembra<sup>14</sup>.

Esto último es un eco claro de la Doctrina Secreta, de una estancia que dice:

A la conclusión de cada cuarenta soles [anuales], al final de cada catorce días, el doble se convierte en cuatro; macho y hembra en uno, en el primero y segundo y el tercero...

Esto es claro, puesto que cada “sol” significaba todo un año, el cual se componía entonces de un día, así como en el círculo ártico se compone ahora de seis meses. Según la enseñanza antigua, el eje de la tierra cambia gradualmente su inclinación con la eclíptica, y en el periodo a que esto se refiere; era tal la inclinación, que un día polar duraba todo el periodo de la revolución de la tierra alrededor del sol, mediando una especie de crepúsculo de muy poca duración; después del cual, la tierra polar volvía a tomar su posición directamente bajo los rayos del sol. Esto puede ser contrario a la astronomía según se enseña y se comprende ahora; pero ¿quién puede decir que no ocurriesen, hace millones de años, cambios en el movimiento de la tierra que no ocurren actualmente?

Volviendo de nuevo a la declaración de que el vara significaba el hombre de la cuarta ronda, así como la tierra de aquellos tiempos,

---

<sup>14</sup> Véase también *Bundahish*, XV.

la luna, y hasta el arca de Noé, si así se quiere; esto se demuestra de nuevo en el diálogo entre Ahura Mazda y Zarathushtra. Así, cuando este último pregunta:

¡Oh, Hacedor del mundo material, tú único santo! ¿Quién fue el que puso la ley de Mazda dentro del Vara que Yima hizo?

Ahura Mazda contesta: “Fue el ave Karshipta, ¡oh, santo Zarathushtra!”<sup>15</sup>

Y la nota explica:

El ave Karshipta mora en los cielos: si viviese en la tierra, sería reina de las aves. Ella puso la ley dentro del Vara de Yima, y recita el *Avesta* en el lenguaje de las aves<sup>16</sup>.

Esta es también una alegoría y un símbolo que solo han interpretado mal los orientalistas, quienes ven en este pájaro “una encarnación del relámpago”, y dicen que su canto “se creía muchas veces que era el lenguaje de un dios y una revelación”, y no sabemos qué más. Karshipta es el “alma-mente” humana, y la Deidad de la misma, simbolizada en el antiguo magismo por un ave, así como los griegos la simbolizaban por una mariposa. Tan pronto como Karshipta penetró en el Vara u hombre, él comprendió la ley de Mazda, o la sabiduría divina. En el *Libro del misterio oculto* se dice del árbol, que es el árbol del conocimiento del bien y del mal:

En sus ramas moran las aves y construyen sus nidos (las almas y los ángeles tienen su sitio)<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, pág. 21.

<sup>16</sup> *Bundohish*, XIX y XXIV.

<sup>17</sup> S. L. MacGregor Mathers, *Cabbalah Unveiled*, pág. 104.

Por eso, los cabalistas tenían un símbolo semejante. “Ave” era un sinónimo y símbolo caldeo, convertido en hebreo, de ángel, de un alma, un espíritu o un Deva, y el “nido del ave” era para ambos el cielo, y en el *Zohar*, el seno de Dios. El Mesías perfecto entra en el Edén, “en el lugar que se llama el nido del ave”<sup>18</sup>.

“Como un ave que vuela desde su nido”, y esa es el alma, de la cual She’khin-ah [la sabiduría divina o gracia] no se aparta<sup>19</sup>.

“El nido del ave eterna, el revoloteo de cuyas alas produce la vida, es el Espacio sin límites” —dice el comentario, indicando a Hamsa, el Ave de la sabiduría.

Adam Kadmon es el árbol de los Sephiroth, y el que se convierte en el “Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal” esotéricamente. Y ese “árbol tiene a su alrededor siete columnas [siete pilares] del mundo, o rectores [de nuevo los mismos progenitores o Sephiroth], operando por medio de los órdenes respectivos de ángeles, en las esferas de los siete planetas”, etc., uno de cuyos órdenes procrea gigantes (Nephilim) sobre la tierra.

Era creencia de toda la antigüedad, pagana y cristiana, que la humanidad primitiva fue una raza de gigantes. En ciertas excavaciones hechas en América (en terraplenes y en cuevas), se han encontrado ya, en casos aislados, grupos de esqueletos de nueve y de doce pies de alto<sup>20</sup>. Estos pertenecen a tribus de la quinta raza primitiva, degenerada ahora hasta el tamaño de cinco y seis pies. Pero podemos

18 *Zohar*, II, 8 b, *Qabbalah*, de Myer, pág. 207.

19 *Zohar*, III, 278 a; *Qabbalah*, de Myer, pág. 217.

20 Los evolucionistas darwinianos, que tan aficionados son a referirse a la evidencia de la reversión al tipo —cuyo completo significado, en el caso de los monstruos humanos, se encuentra en la solución Esotérica del problema embriológico— como prueba de sus argumentos harían bien en investigar en esos ejemplares de gigantes modernos que muchas veces tienen 8, 9 y hasta 11 pies de altura. Semejantes retornos son imperfectos, pero innegablemente son reproducciones de los hombres muy altos de los tiempos primitivos.

creer sin dificultad que los titanes y cíclopes de antaño pertenecían realmente a la cuarta raza (Atlante), y que todas las leyendas y alegorías posteriores que se encuentran en los Purânas indos y en los poemas griegos de Hesíodo y de Homero se basaban en nebulosas reminiscencias de titanes verdaderos (hombres de un poder físico sobrehumano tremendo, que les permitía defenderse y tener a raya a los monstruos gigantescos de los tiempos primitivos mesozoicos y cenozoicos) y de cíclopes reales, mortales de “tres ojos”.

Se ha notado muchas veces por escritores observadores que el “origen de casi todos los mitos y leyendas populares pueda invariablemente encontrarse en un hecho de la naturaleza”.

En estas creaciones fantásticas, de un subjetivismo exuberante, existe siempre un elemento de lo objetivo y real. La imaginación de las masas, por desordenada y mal dirigida que sea, no hubiera podido nunca concebir ni fabricar exnihilo tantas figuras monstruosas, semejante masa de historias extraordinarias, si no hubiese tenido, como núcleo central, esas reminiscencias flotantes, oscuras y vagas que unen los eslabones rotos de la cadena del tiempo para formar con ellos el fundamento soñado, misterioso de nuestra conciencia colectiva<sup>21</sup>.

La evidencia de los cíclopes —raza de gigantes— se señalará en las secciones siguientes en los restos ciclópeos, llamados así hasta hoy día. La ciencia nos suministra también la indicación de que la cuarta raza primitiva —durante su evolución y antes del ajustamiento final del organismo humano, que se hizo perfecto y simétrico solo en la quinta raza— pudo haber tenido tres ojos sin tener necesariamente un tercer ojo en medio de la frente, como los Cíclopes legendarios.

---

21 Véase *Mythical Monsters*, por Ch. Gould, de cuyo interesante y científico libro citamos más adelante unas cuantas páginas. Véase también, en *Mundo oculto* de A. P. Sinnett, la descripción de una caverna en los Himalayas, llena de restos de huesos humanos y animales gigantescos.

Para los ocultistas, que creen que la involución espiritual y psíquica procede en líneas paralelas con la evolución física —o sea que los sentidos internos, innatos en las primeras razas humanas, se atrofiaron durante el desarrollo de la raza y el desenvolvimiento material de los sentidos externos—, para los estudiantes de la simbología esotérica, la declaración anterior no es una conjetura o una posibilidad, sino simplemente una fase de la ley de desarrollo, un hecho probado, en una palabra. Ellos comprenden el sentido del pasaje de los comentarios, que dice:

En aquellos primitivos tiempos de los machos-hembras [hermafroditas], había criaturas humanas con cuatro brazos; con una cabeza, pero con tres ojos. Podían ver, por delante y por detrás<sup>22</sup>. Un Kalpa más tarde [después de la separación de los sexos] habiendo caído los hombres en la materia, su visión espiritual se nubló; y, a la par, el tercer ojo principió a perder su poder... Cuando la cuarta [raza] llegó a la mitad de su carrera, la visión interna tuvo que ser despertada y adquirida por estimulantes artificiales, cuyo procedimiento conocían los antiguos sabios...<sup>23</sup>. Del mismo modo el tercer ojo, petrificándose gradualmente<sup>24</sup> pronto desapareció. Los de dos caras se convirtieron en los de una cara, y el ojo se hundió profundamente

---

22 Es decir, el tercer ojo estaba en la parte posterior de la cabeza. La declaración de que la humanidad hermafrodita tenía “cuatro brazos” descifra probablemente el misterio de todas las representaciones e ídolos de los Dioses esotéricos de la India. En la Acrópolis de Argos, había un xoanon, una estatua de madera groseramente labrada, atribuida a Dédalo, que representaba un coloso de tres ojos, y la cual estaba consagrada a Zeus Triopes, el de “tres ojos”. La cabeza del “dios” tiene dos ojos en la cara y el otro en el extremo superior de la frente. Se considera la más arcaica de todas las estatuas antiguas. (*Schol. Vat. ad Eurip. Troad.*, 14).

23 La visión interna solo pudo adquirirse desde entonces por medio del ejercicio y la iniciación, salvo en los casos de “magos innatos” —sensitivos y médiums, como ahora se les llama—.

24 Esta expresión “petrificándose” en lugar de “oxificándose”, es curiosa. El “ojo posterior”, el cual es, por supuesto, la llamada glándula pineal, la pequeña masa corno un guisante de materia gris que se encuentra en la parte posterior del tercer ventrículo del cerebro, se dice casi invariablemente que contiene “nada más” que concreciones minerales y arena.

en la cabeza y se halla, ahora enterrado bajo el cabello. Durante la actividad del hombre interno [durante el trance y la visión espiritual] el ojo se hincha y se dilata. El Arhat lo ve y lo siente, y por consecuencia regula su acción... El lanú puro [discípulo, Chela] no debe temer peligro alguno; el que no se conserva puro [que no es casto] no recibirá ayuda del “Ojo Deva”.

Desgraciadamente no. El “Ojo Deva” no existe ya para la mayoría de la humanidad. El tercer ojo está muerto y no funciona, pero ha dejado tras sí un testigo de su existencia. Este testigo es ahora la glándula pineal. En cuanto a los hombres de “cuatro brazos”, son los que sirvieron de prototipos para los Dioses indos de cuatro brazos, según se ha indicado en una nota anterior.

Tan grande es el misterio del ojo humano, que algunos hombres de ciencia han tenido que recurrir a las explicaciones ocultas en sus vanos esfuerzos para encontrar la razón y explicar todas las dificultades que rodean su acción. El desarrollo del ojo humano prueba más la antropología oculta que la de los fisiólogos materialistas. “Los ojos del embrión humano crecen desde adentro afuera” —procediendo del cerebro en lugar de ser parte de la piel, como en los insectos y en el pez jibia—. El profesor Lankester, pensando que el cerebro era un sitio muy raro para el ojo, y tratando de explicar el fenómeno por el método darwiniano, sugiere la curiosa opinión de que “nuestro primer antecesor vertebrado era un ser transparente”, y de aquí que no importase en dónde tuviera el ojo. Así, pues, se nos enseña que el hombre fue en un tiempo un “ser transparente”, y, por tanto, nuestra teoría se sostiene firme. Pero ¿cómo se armoniza la hipótesis de Lankester con la opinión hæckeliana, de que el ojo del vertebrado se originó por cambios en la epidermis? Si partió de adentro, la última teoría va al cesto de lo inútil. Esto parece probado por la embriología. Por otra parte, la indicación extraordinaria del profesor Lankester (¿o diremos admisión?) se hace probablemente necesaria a causa de exigencias evolucionistas. La enseñanza que

presenta el ocultismo del desarrollo gradual de los sentidos “desde dentro afuera”, procedentes de prototipos astrales, es mucho más satisfactoria. El tercer ojo se retiró al interior cuando concluyó su curso: otro punto en favor del ocultismo.

La expresión alegórica de los indos místicos que hablan del “Ojo de Shiva”, el Trilochana, o “tres-ojos” recibe de este modo su justificación y razón de ser; siendo la transferencia de la glándula pineal (que fue ese tercer ojo) a la frente, una licencia exotérica. Esto arroja también luz en el misterio, incomprensible para algunos, de la relación entre la videncia anormal, o espiritual, y la pureza fisiológica del vidente. Muchas veces, se hace la siguiente pregunta: ¿Por qué el celibato y la castidad son condición *sine qua non* del chelado regular o del desarrollo de poderes psíquicos y ocultos? La respuesta se halla en el comentario. Cuando se nos dice que el tercer ojo fue un día órgano fisiológico, y que más tarde, debido a la desaparición gradual de la espiritualidad y al aumento de la materialidad, extinguiendo la naturaleza física a la espiritual, se convirtió en un órgano atrofiado, tan poco comprendido ahora por los fisiólogos como el bazo; cuando llegamos a saber esto, la relación se hace evidente. Durante la vida humana, el mayor obstáculo para el desarrollo espiritual, y especialmente para la adquisición de los poderes yoga, es la actividad de nuestros sentidos fisiológicos. Estando de igual modo la acción sexual estrechamente relacionada, por interacción, con la médula espinal y la materia gris del cerebro, es inútil entrar en más explicaciones. Por supuesto, el estado normal y anormal del cerebro, y el grado de actividad en la médula oblongada, reacciona poderosamente sobre la glándula pineal, pues debido al número de “centros” de esa región, que gobiernan la gran mayoría de las funciones fisiológicas de la economía animal, y debido también a la estrecha e íntima proximidad de las dos, la médula oblongada tiene que ejercer una acción “inductiva”, muy poderosa, sobre la glándula pineal.

Todo esto es muy claro para el ocultista, pero es muy vago para los lectores en general. A estos últimos se les debe mostrar la

posibilidad de un hombre de tres ojos en la naturaleza, en aquellas épocas en que su formación estaba todavía en un estado relativamente caótico. Esta posibilidad puede inferirse por los conocimientos anatómicos y zoológicos, en primer término, y luego puede apoyarse en las presunciones de la misma ciencia materialista.

Se asegura, por la autoridad de la ciencia, y por demostraciones que por esta vez no son una mera ficción de las especulaciones teóricas, que muchos animales (especialmente entre los órdenes inferiores de los vertebrados) tienen un tercer ojo, hoy atrofiado, pero que necesariamente debió ser activo en su origen<sup>25</sup>. La especie *Hatteria*, lagarto del orden lacertilia, descubierto en Nueva Zelanda (la cual, nótese bien, es una parte de la antigua Lemuria, según la llaman), presenta esta particularidad de una manera extraordinaria; y no solo el *Hatteria punctata*, sino también el camaleón, y ciertos reptiles, y hasta peces. Se creyó en un principio que esto no era más que la prolongación del cerebro que terminaba con una pequeña protuberancia, llamada epífisis, como un pequeño hueso que esté separado del hueso principal por un cartílago, y que se encuentra en todos los animales. Pronto se vio que es más que esto. Según demostró su desarrollo y estructura anatómica, ofrecía tal analogía con la del ojo, que no fue posible ver otra cosa. Hay paleontólogos que aun hoy están convencidos de que este tercer ojo funcionó originalmente, y sin duda tienen razón. Pues he aquí lo que se dice de la glándula pineal en la anatomía de Quain:

---

25 "Situados en el interior de la cabeza, y cubiertos por una piel gruesa y músculos, encuéntrese ojos verdaderos que no pueden ver, en ciertos animales" —dice Hæckel. "Entre los vertebrados hay topos y ratones del campo ciegos, lagartos y serpientes ciegas... Evitan ellos la luz del día y moran... bajo tierra... Originalmente no eran ciegos, sino que provienen de antecesores que vivían en la luz y tenían ojos bien desarrollados. El ojo atrofiado puede encontrarse bajo la opaca piel en estos animales ciegos, en todos los estados de reversión". (Hæckel, *Pedigree of Man*; "Sense Organs", pág. 343; trad. de Aveling). Y si dos ojos han podido atrofiarse así en los animales inferiores, ¿por qué no un ojo, la glándula pineal, en el hombre, que es solo un animal superior en su aspecto físico?

De esta parte, que constituye primeramente la totalidad, y más tarde la parte posterior de la primitiva vesícula encefálica anterior, es de donde se desarrollan en el primer periodo las vesículas ópticas; y la parte anterior es aquella en relación con la cual se forman los hemisferios cerebrales y las partes adyacentes. El tálamo óptico de cada lado es formado por un engrosamiento lateral del tabique medular, mientras que el intervalo que existe entre uno y otro, descendiendo hacia la base, constituye la cavidad del tercer ventrículo con su prolongación en el infundíbulo. La comisura gris se extiende luego a través de la cavidad ventricular... la parte posterior de la bóveda se desarrolla mediante un proceso especial que se observa después dentro de la glándula pineal, que permanece unida en cada lado por sus pedúnculos al tálamo, y detrás de estos se forma una faja transversal a modo de comisura posterior.

La lámina terminal (lámina cinerea) se prolonga hasta cerrar por delante el tercer ventrículo: debajo de ella, la comisura óptica forma el suelo del ventrículo, Y más hacia atrás el infundíbulo desciende a unirse en la silla turca con el tejido adjunto al lóbulo posterior del cuerpo pituitario.

Los dos tálamos ópticos formados de la parte posterior y externa de la vesícula anterior consisten al principio en un simple saco hueco de materia nerviosa, cuya cavidad comunica en cada lado por delante con la de los incipientes hemisferios cerebrales, y por detrás con la de la vesícula cefálica media (cuerpos cuadrigéminos). Poco después, sin embargo, mediante un progresivo depósito que se forma en su interior, por atrás, por abajo y por los lados, los tálamos se solidifican, y al mismo tiempo aparece entre ellos una hendidura o fisura que penetra hasta la cavidad interna, y continúa abierta en la parte de atrás opuesta a la entrada del acueducto de Sylvio. Esta fisura o grieta es el tercer ventrículo. Por detrás, los dos tálamos continúan unidos por la comisura posterior, que empieza a ser

visible hacia el fin del tercer mes, y además por los pedúnculos de la glándula pineal.

Al principio, los hacecillos ópticos pueden reconocerse como huecas prolongaciones de la parte externa de la pared de los tálamos, mientras son todavía vesiculares. Hacia el cuarto mes, estos hacecillos están ya distintamente formados. Más tarde, se prolongan hacia atrás en relación con los cuerpos cuadrigéminos.

La formación de la glándula pineal y del cuerpo pituitario presenta algunos fenómenos de lo más interesante, relacionados con el desarrollo del thalamencephalon<sup>26</sup>.

Lo expuesto ofrece un interés muy especial cuando se tiene en cuenta que, a no ser por el desarrollo de la parte posterior de los dos hemisferios cerebrales, la glándula pineal sería perfectamente visible al separar los huesos parietales. También es muy interesante observar la evidente relación que puede trazarse entre el primitivamente hueco haz óptico y los ojos por delante y la glándula pineal y sus pedúnculos por detrás; y entre todos ellos y los tálamos ópticos. Así es que los recientes descubrimientos relativos al tercer ojo de la *Hatteria punctata* tienen un valor importantísimo para la historia del desarrollo de los sentidos humanos, y para los asertos ocultos del texto.

Es bien sabido que Descartes vio en la glándula pineal la sede del alma, aunque esto se considera ahora como una ficción para los que han cesado de creer en la existencia de un principio inmortal en el hombre. Aun cuando el alma está unida a todas las partes del cuerpo, decía él que hay una parte especial del mismo en la cual ejercía el alma sus funciones más especialmente que en ninguna otra; y como ni el corazón ni aun el cerebro podían ser esta localización “especial”, dedujo, en conclusión, que esta era aquella pequeña glándula unida al cerebro, y que, sin embargo, tenía una acción

---

26 *Ob. cit.*, II, págs. 830-831, novena edición: “El thalamencephalon o cerebro interno”.

independiente del mismo, puesto que podía ponerse en una especie de movimiento oscilatorio “por los espíritus animales<sup>27</sup> que cruzan en todos los sentidos las cavidades del cráneo”.

Por más anticientífico que esto parezca en nuestros días de ciencia exacta, Descartes estaba, sin embargo, mucho más cerca de la verdad oculta que cualquier Hæckel. Pues la glándula pineal está, como se ha indicado, mucho más relacionada con el alma y el espíritu, que con los sentidos fisiológicos del hombre. Si los hombres científicos de más nota tuviesen una vislumbre del procedimiento verdadero empleado por el impulso evolucionario, y del curso cíclico espiral de esta gran ley, sabrían en lugar de conjeturar, y estarían seguros de las futuras transformaciones físicas que aguardan a la especie humana por el conocimiento de sus formas pasadas. Entonces, verían ellos la falsedad y el absurdo de su moderna “fuerza ciega”, y procesos “mecánicos” de la naturaleza; y, como consecuencia de tales conocimientos, se harían cargo de que la glándula pineal, por ejemplo, tenía que estar inutilizada para uso físico, en este periodo de nuestro ciclo. Si el “ojo” singular está atrofiado ahora en el hombre, es una prueba de que lo mismo que en el animal inferior, ha estado una vez activo; pues la naturaleza jamás crea la forma más pequeña e insignificante, sin que tenga un objeto definido o algún uso. Fue un órgano activo, decimos, en aquel estado de la evolución, en que el elemento espiritual en el hombre reinaba supremo sobre los apenas nacientes elementos intelectuales y psíquicos. Y cuando el ciclo siguió su curso, descendiendo hacia aquel punto en que los sentidos fisiológicos se desarrollaron con el desenvolvimiento y consolidación del hombre físico, marchando, *pari passu* con él — vicisitudes y tribulaciones complejas e interminables del desarrollo zoológico—, este “ojo” medio se atrofió por fin, juntamente con

---

27 El “éter nervioso” del Dr. B. W. Richardson, F. R. S.; el aura nerviosa del ocultismo. Los “espíritus animales” equivalen a las corrientes de la circulación del compuesto áurico nervioso.

las características primeras espirituales y puramente psíquicas del hombre. Los ojos son el espejo, así como las ventanas del alma, dice la sabiduría popular<sup>28</sup>, y *vox populi vox dei*.

Al principio, todas las clases y familias de las especies vivientes eran hermafroditas y objetivamente de un solo ojo. En el animal —cuya forma era tan etérea (astralmente) como la del hombre, antes que los cuerpos de ambos principiases a desenvolver sus “vestidos de piel”, esto es, a desenvolver desde adentro afuera el denso revestimiento de sustancia física o materia con su mecanismo fisiológico—, el tercer ojo era, primitivamente, lo mismo que en el hombre, el único órgano visual. Los dos ojos físicos frontales solo se desarrollaron<sup>29</sup> más tarde, tanto en el bruto como en el hombre, cuyo órgano visual físico estaba al principio de la tercera raza en la misma posición que el de algunos de los vertebrados ciegos en nuestros días, o sea debajo de una piel opaca<sup>30</sup>. Solamente que las

---

28 Recuérdese que la ciencia oculta presenta a la primera raza como espiritual al interior y etérea al exterior; a la segunda, mentalmente psíquico-espiritual, y corporalmente etéreo-física; a la tercera, privada aún de inteligencia en su principio, es astrofísica en su cuerpo, y vive una vida interna, en la cual el elemento psíquico-espiritual no está en modo alguno influido todavía por los sentidos fisiológicos apenas nacientes. Sus dos ojos frontales miraban ante ellos sin ver el pasado y el futuro. Pero el tercer ojo “abarca la Eternidad”.

29 Pero de un modo muy distinto al que Hæckel ha descrito como una “evolución por selección natural en la lucha por la existencia” (*Pedigree of Man*, “Sense Organs”, pág. 335, trad. inglesa de Aveling). La mera “sensibilidad termal de la piel” a las ondas luminosas hipotéticas es absurdamente incompetente para explicar la hermosísima combinación de adaptaciones que existen en el ojo. Hemos indicado que la “selección natural” es un puro mito cuando se la atribuye haber originado las variaciones, pues la “supervivencia de los más aptos” solo puede tener lugar después que han surgido variaciones útiles, juntamente con organismos más perfectos. ¿Procedieron las “variaciones útiles” que desarrollaron el ojo, únicamente de “fuerzas ciegas... sin objeto, sin designio”? El argumento es pueril. La verdadera solución del misterio se encuentra en la sabiduría divina impersonal, en su ideación, reflejada por medio de la materia.

30 La paleontología ha demostrado que en los animales de la Edad Mesozoica —especialmente los saurios, tales como los laberintodontes, cuyo cráneo fósil exhibe una perforación de otro modo inexplicable—, el tercer ojo, u ojo singular, debió haber tenido un gran desarrollo. Algunos naturalistas, entre otros E. Korscheldt, están convencidos de que, al paso que este ojo en los reptiles de los tiempos presentes,

etapas de desarrollo del ojo singular o primitivo, tanto en el hombre como en el animal, están ahora invertidas; pues el primero pasó ya por el estado no racional en la tercera ronda, y se encuentra más avanzado que el bruto en todo un plano de conciencia. Por lo tanto, al paso que el ojo ciclópeo era y es aún en el hombre el órgano de la visión espiritual, en el animal fue el de la visión objetiva; y este ojo, habiendo cumplido su misión, fue reemplazado en el curso de la evolución física de lo simple a lo complejo, por dos ojos, y de este modo fue puesto a un lado y conservado por la naturaleza para posteriores usos en futuros evos.

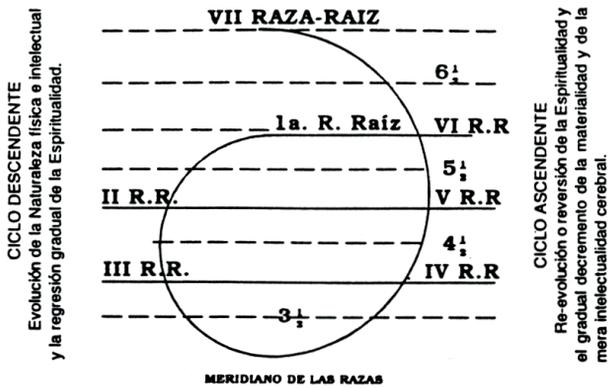
Esto explica por qué la glándula pineal alcanzó su mayor desarrollo proporcionalmente al menor desenvolvimiento físico. En los vertebrados es en donde es más prominente y objetivo, mientras que en el hombre se encuentra cuidadosamente oculto e inaccesible, excepto para el anatómico. No por ello, sin embargo, es menor la luz que esto arroja sobre el porvenir físico, intelectual y espiritual de la humanidad, en periodos correspondientes en líneas paralelas con otros periodos pasados, y siempre en líneas de desenvolvimiento y evolución cíclica, descendente y ascendente. Así, unos cuantos siglos antes del Kali Yuga —la edad que principió hace cerca de 5000 años—, se dijo en el comentario veinte, parafraseando de un modo comprensible:

Nosotros [La quinta raza-raíz], desde nuestra primera mitad [de duración] en adelante [en el hoy arco ascendente del ciclo], estamos en el punto medio de [o entre] la primera y segunda razas, cuando caían hacia abajo [esto es, las razas estaban entonces en el arco descendente del ciclo]... Calcula por ti mismo, Lanú, y ve.

---

a pesar de la densa piel que lo cubre, solo puede distinguir la luz de la oscuridad (como sucede con los ojos humanos cuando se les venda con un pañuelo o cuando se cierran fuertemente), en los animales hoy extinguidos, este ojo funcionaba y era un verdadero órgano visual.

## EVOLUCIÓN DE LAS RAZAS RAÍCES EN LA CUARTA RONDA



Calculando según se nos aconseja, vemos que, durante ese periodo de transición, esto es, en la segunda mitad de la primera raza astral-etéreo-espiritual, la humanidad naciente carecía del elemento de la inteligencia cerebral, por estar en su línea descendente. Y como nosotros estamos en situación paralela con ella, en la ascendente, carecemos, por lo tanto, del elemento espiritual, que está ahora reemplazado por el intelectual. Pues téngase bien presente que, como estamos en el periodo Mánasa de nuestro ciclo de razas, o en la quinta, hemos cruzado, por consiguiente, el punto meridiano del ajustamiento perfecto del espíritu y la materia, o el equilibrio entre la inteligencia cerebral y la percepción espiritual. Sin embargo, no hay que olvidar un punto importante.

Estamos solamente en la cuarta ronda, y en la quinta es cuando se alcanzará finalmente el completo desarrollo del Manas, como rayo directo del Mahat universal; rayo sin impedimentos de materia. Sin embargo, como cada subraza y nación tienen sus ciclos y gradaciones de desenvolvimiento evolucionario repetidos en menor escala, mucho más tiene que ser así en el caso de una raza-raíz. Nuestra raza, pues, como raza-raíz, ha cruzado la línea ecuatorial y sigue su curso cíclico en el lado espiritual: pero algunas de nuestras

subrazas se encuentran aún en el sombrío arco descendente de sus respectivos ciclos nacionales; mientras que otras, las más antiguas, habiendo cruzado el punto medio, que es el que decide si una raza, una nación o una tribu perecerá o vivirá, se hallan en el apogeo del desenvolvimiento espiritual como subrazas.

Ahora se comprenderá por qué el tercer ojo se transformó gradualmente en una simple glándula, después de la caída física de aquellos que hemos convenido en llamar Lémures.

Es un hecho curioso el que, en los seres humanos, los hemisferios cerebrales y los ventrículos laterales se hayan desarrollado especialmente, mientras que, en los cerebros de otros mamíferos, son los tálamos ópticos, los cuerpos cuadrigéminos y los cuerpos estriados las partes que más desarrollo han adquirido. Además, se asegura que la inteligencia del hombre puede medirse hasta cierto punto por el desarrollo de las circunvoluciones centrales, y de la parte anterior de los hemisferios cerebrales. Parece un corolario natural de esto que, si el desarrollo de la glándula pineal puede considerarse como indicador de las capacidades astrales y propensiones espirituales de un hombre, debe haber un desenvolvimiento correspondiente de esta parte del cráneo, o un aumento en el tamaño de la glándula pineal, a expensas de la parte posterior de los hemisferios cerebrales. Esta es una especulación curiosa, que sería confirmada en el caso presente. Vemos debajo y detrás el cerebelo, que se cree asiento de todas las propensiones animales del ser humano, y que la ciencia admite que es el gran centro de todos los movimientos fisiológicos coordinados del cuerpo, tales como andar, comer, etc.; enfrente, la parte anterior del cerebro, los hemisferios cerebrales, la parte especialmente relacionada con el desarrollo de los poderes intelectuales del hombre; y en medio, dominando a ambos, y sobre todo a las funciones animales, la glándula pineal desarrollada, en relación con el hombre altamente evolucionado o espiritual.

Debe tenerse presente que estas no son más que correspondencias físicas; del mismo modo que el cerebro ordinario humano es el órgano registrador de la memoria, pero no la memoria misma.

Este es, pues, el órgano que ha dado lugar a tantas leyendas y tradiciones, entre otras, la de los hombres de una cabeza, pero con dos caras. Leyendas tales pueden verse en varias obras chinas, además de hacerse mención de ellas en los fragmentos caldeos. Aparte de la obra ya citada, el *Shan Hai King*, compilado por Kung Chia de los grabados de nueve urnas hechas por el emperador Yü (2255 años antes de Cristo), pueden encontrarse en otra obra llamada los *Bamboo Books*, y en una tercera, el *Rh Ya*, cuyo autor fue “iniciado, según la tradición, por Chow Kung, tío de Wu Wang, el primer emperador de la dinastía Chow, 1122 años antes de Cristo. Los *Bamboo Books* contienen los anales antiguos de China encontrados 279 años después de Cristo, al abrir la tumba del rey Seung de Wei, que murió en 295 años antes de Cristo”<sup>31</sup>. Estas dos obras mencionan a hombres con dos caras en una cabeza: una cara delante y otra detrás.

Ahora bien; lo que los estudiantes de ocultismo deben saber es que “tercer ojo” está indisolublemente relacionado con el karma. Esta es tan misteriosa, que son muy pocos los que la conocen.

El “Ojo de Shiva” no se atrofió por completo hasta la terminación de cuarta raza. Cuando la espiritualidad y todos los poderes y atributos divinos del hombre-Deva de la tercera raza se hicieron servidores de las pasiones fisiológicas y psíquicas, que acababan de despertarse en el hombre físico, en lugar de ser lo contrario, el ojo perdió sus poderes. Pero tal era la ley de la evolución, y en estricta verdad, no fue una caída. El pecado no consistió en usar de los nuevos poderes desarrollados, sino en usarlos mal; en hacer del tabernáculo, destinado a contener un Dios, el templo de todas las iniquidades espirituales. Y si decimos “pecado”, es para que se comprenda nuestro sentido, pues el término más apropiado para este

---

31 *Mythical Monsters*, de Gould, pág. 27.

caso sería el de karma<sup>32</sup>; por otra parte, el lector que se sienta perplejo ante el empleo del término iniquidad “espiritual” en lugar de “física”, debe tener presente que no puede haber iniquidad física. El cuerpo es simplemente el órgano irresponsable, el instrumento, no del hombre psíquico, sino del espiritual. Y en el caso de los Atlantes, el ser espiritual fue precisamente el que pecó, porque el elemento espíritu era todavía, en aquellos tiempos, el principio “director” del hombre. Así, pues, en aquellos días fue cuando el karma más pesado de la quinta raza se generó por nuestras Mónadas.

Como esta sentencia puede también parecer enigmática, es mejor que expliquemos para beneficio de los que ignoran las enseñanzas teosóficas. Constantemente, se hacen preguntas respecto al karma y a la reencarnación, y parece ser que reina gran confusión en el asunto. Los que han nacido y se han criado en la fe cristiana, y se han educado en la idea de que Dios crea una nueva alma para cada recién nacido, son los perplejos. Preguntan si el número de Mónadas que encarnan en la tierra es limitado; a lo cual se les contesta afirmativamente. Pues por más incontable que sea, para nosotros, el número de Mónadas que encarnan, sin embargo, tiene que haber un límite. Esto es así, aun cuando tengamos en cuenta el hecho de que, desde el tiempo de la segunda raza, cuando sus siete grupos respectivos se revistieron de cuerpos, pueden calcularse varios nacimientos y muertes por cada segundo de tiempo en los evos ya transcurridos. Se ha declarado que karma-émesis, cuya sierva es la naturaleza, ajustó todas las cosas de la manera más armoniosa; y que, por tanto, la llegada de nuevas Mónadas cesó tan pronto como la humanidad hubo alcanzado su completo desarrollo

---

32 Karma es una palabra de muchos significados, y tiene un término especial para casi todos sus aspectos. Como sinónimo de pecado, significa la ejecución de algún acto para lograr un objeto de deseo mundano, y por tanto egoísta, que tiene que resultar en perjuicio de alguno. Karma es acción, la causa; y karma es también la “ley de causación ética”: el efecto de un acto egoísta, frente a la gran ley de armonía, que depende del altruismo.

físico. Ninguna Mónada nueva ha encarnado desde el punto medio de los Atlantes. Tengamos presente que, excepto en los casos de los niños pequeños y de los individuos cuyas vidas terminan violentamente por algún accidente, ninguna entidad espiritual puede reencarnar antes de que haya transcurrido un periodo de muchos siglos; y semejantes intervalos bastan por sí solos para mostrar que el número de mónadas es necesariamente finito y limitado. Por otra parte, hay que conceder a otros animales un tiempo razonable para su progreso evolucionario.

De ahí el aserto de que muchos de nosotros estamos agotando los efectos de causas kármicas malas, engendradas por nosotros en cuerpos Atlantes. La ley de karma está intrincadamente entretejida con la de reencarnación.

Solo el conocimiento de los renacimientos constantes de una misma Individualidad a través de todo el ciclo de vida; la seguridad de que las mismas mónadas (entre las cuales se hallan muchos Dhyân Chohans, o los “Dioses” mismos) tienen que pasar a través del “ciclo de necesidad”, recompensadas o castigadas por medio de tales renacimientos, de los sufrimientos soportados o de los crímenes cometidos en las vidas anteriores; que esas mismas Mónadas que entraron en los cascarones vacíos, sin sentido, o formas astrales de la primera raza, emanadas por los Pitris, son las mismas que se hallan ahora entre nosotros (más aún, nosotros mismos quizás); solo esta doctrina, decimos, puede explicarnos el problema misterioso del bien y del mal, y reconciliar al hombre con la aparente injusticia terrible de la vida. Nada que no sea una certeza semejante puede aquietar nuestro sentimiento de justicia en rebelión. Pues cuando el que desconoce la noble doctrina mira en torno suyo y observa las desigualdades del nacimiento y de la fortuna, de la inteligencia y de las facultades; cuando vemos que se rinden honores a gente necia y disipada, sobre quien la fortuna ha acumulado sus favores por mero privilegio del nacimiento, y su prójimo, con gran inteligencia y nobles virtudes, mucho más meritorio por todos conceptos, parece de

necesidad y por falta de simpatía; cuando se ve todo esto y hay que retirarse ante la impotencia para socorrer el infortunio inmerecido, vibrando los oídos y angustiando el corazón con los gritos de dolor en torno de uno, solo el bendito conocimiento de karma impide maldecir de la vida y de los hombres, así como de su supuesto creador<sup>33</sup>.

De todas las terribles blasfemias, que son virtualmente acusaciones lanzadas contra su Dios por los monotheístas, ninguna es más grande ni más imperdonable que esa (casi siempre) falsa humildad que hace que el cristiano, aparentemente “piadoso”, asegure, frente a todos los males y en merecidos, que “tal es la voluntad de Dios”.

¡Estúpidos e hipócritas! ¡Blasfemos e impíos fariseos, que hablan al mismo tiempo del misericordioso amor y ternura infinitos de su Dios y creador para el hombre desdichado, y de ese Dios que azota a las buenas, a las mejores de sus criaturas, desangrándolas hasta la muerte como un Moloch insaciable! Se nos contestará a esto con las palabras de Congreve:

¿Pero quién se atreverá a acusar a la justicia eterna?

La lógica y el simple sentido común, contestamos. Si se nos exige que creamos en el “pecado original”, en solo una vida en esta tierra para cada alma, y en una Deidad antropomórfica que parece haber creado a algunos hombres solo por el placer de condenarlos al fuego eterno del infierno y esto ya sean buenos o malos, dicen los partidarios de la predestinación<sup>34</sup>, ¿por qué, los que estamos dotados de facultades razonadoras, no hemos de condenar a nuestra

---

33 Los que hacen objeciones a la doctrina de karma deben recordar el hecho de que no hay posibilidad de replicar a los pesimistas con otros fundamentos. Una comprensión clara y firme de los principios de la ley kármica echa por tierra toda la base de la imponente fábrica levantada por los discípulos de Schopenhauer y de Von Hartmann.

34 La doctrina y teología de los calvinistas. “El objeto de Dios desde la eternidad respecto de todos los sucesos”; lo cual se convierte en fatalismo y mata el libre albedrío, o cualquier tentativa de ejercerlo para el bien. “Es la predestinación de los hombres a la eterna felicidad, o a la miseria eterna” (*Catechism*).

¡Vaya, una doctrina noble y animadora!

vez a semejante malvada Deidad? La vida se haría insoportable si tuviese uno que creer en el Dios creado por la impura imaginación del hombre. Afortunadamente, solo existe en los dogmas humanos y en la imaginación enfermiza de algunos poetas, que creen haber resuelto el problema dirigiéndose a él de este modo:

¡Tú, gran poder misterioso, que has revuelto  
 el orgullo de la humana sabiduría, para confundir  
 el examen osado y probar la fe  
 de tus presuntuosas criaturas!

Verdaderamente, se necesita una “fe” robusta para creer que es una “presunción” el poner en tela de juicio la justicia del que crea al infeliz hombre pigmeo solo para “confundirlo” y poner a prueba una “fe”, que por otra parte ese “poder” puede haber olvidado, si no descuidado, de infundirle, como sucede a veces.

Compárese esta fe ciega con la creencia filosófica, basada según toda clase de pruebas razonables y la experiencia de la vida, en karma-némesis, o la ley de retribución. Esta ley, sea consciente o inconsciente, no predestina nada ni a nadie. Existe desde la eternidad y en ella, verdaderamente, pues es la eternidad misma; y como tal, puesto que ningún acto puede ser coigual con la eternidad, no puede decirse que actúa, porque es la acción misma. No es la ola que ahoga al hombre, sino la acción personal del náufrago voluntario que va deliberadamente y se coloca bajo la acción impersonal de las leyes que gobiernan el movimiento del océano. El karma no crea nada ni proyecta nada. El hombre es el que imagina y crea las causas, y la ley kármica ajusta sus efectos, cuyo ajustamiento no es un acto, sino la armonía universal que tiende siempre a tomar su posición original, lo mismo que una rama que, doblada a la fuerza, rebota con el vigor correspondiente. Si sucede que disloca el brazo que trató de doblarla fuera de su posición natural, ¿debemos decir que la rama fue la que rompió nuestro brazo, o que fue nuestra propia insensatez la que

nos produjo tal desgracia? Karma no ha tratado jamás de destruir la libertad intelectual e individual, como el Dios inventado por los monoteístas. No ha envuelto sus decretos en la oscuridad intencionalmente para confundir al hombre; ni castiga al que ose investigar sus misterios. Antes, por el contrario, aquel que por medio del estudio y la meditación descubre sus intrincados senderos, y arroja luz en sus oscuros caminos, en cuyas revueltas parecen tantos hombres a causa de su ignorancia del laberinto de la vida, trabaja por el bien de sus semejantes. Karma es una ley absoluta y eterna en el mundo de la manifestación; y como solo puede haber un absoluto, solo una causa siempre presente, los creyentes en karma no pueden ser considerados como ateos o materialistas, y menos aún como fatalistas<sup>35</sup>;

---

35 A fin de hacer a karma más comprensible a la mente occidental, que está más familiarizada con la filosofía griega que, con la arya, algunos teósofos han intentado interpretarlo por Némesis. Si Némesis hubiese sido conocido por el profano en la antigüedad, como los Iniciados la entendían, esta interpretación del término sería incuestionable. Pero tal como se la conoce, Némesis ha sido demasiado antropomorfizada por la imaginación griega, para que podamos usarla sin una explicación detallada. Entre los griegos primitivos, “desde Homero a Heródoto, no era una diosa, sino más bien un sentimiento moral”, dice Decharme: la barrera para el mal y la inmoralidad. El que la viola comete un sacrilegio a los ojos de los Dioses, y es perseguido por Némesis. Pero con el tiempo, aquel “sentimiento” fue deificado, y su personificación se convirtió en una Diosa siempre fatal y castigadora. Por tanto, si relacionamos a Némesis con Karma, tenemos que verificarlo en su triple carácter de Némesis, de Adrastea y Temis. Pues, mientras la última es la Diosa del orden y de la armonía universales, que, como Némesis, está encargada de reprimir todos los excesos, y de mantener al hombre dentro de los límites de la naturaleza y de la rectitud bajo penas severas, Adrastea, lo “inevitable”, representa a Némesis como el efecto inmutable de causas creadas por el hombre mismo. Némesis, como hija de Dikê, es la Diosa equitativa que reserva su cólera solo para aquellos enloquecidos por el orgullo, el egoísmo y la impiedad (Véase Mesomed; *Hymn. Nemes.*, V, 2, de Brunck; *Analecta*, II, pág. 292, citado en *Mythologie de la Grèce Antique*, pág. 304). En una palabra; al paso que Némesis es una Diosa esotérica, mitológica, o un poder, personificado y antropomorfizado en sus diversos aspectos, karma es una verdad altamente filosófica, una expresión de las más nobles y divinas de la intuición primitiva del hombre respecto de la Deidad. Es una doctrina que explica el origen del mal, y ennoblece nuestros conceptos de lo que la justicia divina e inmutable debe ser, en lugar de degradar la Deidad desconocida e incognoscible, convirtiéndola en el tirano, caprichoso y cruel, que llamamos providencia.

pues karma es uno con lo incognoscible, del cual es un aspecto, en sus efectos en el mundo fenomenal.

Así, pues, íntimamente, o más bien indisolublemente unida a karma, se halla la ley de renacimiento o de la reencarnación de la misma individualidad espiritual, en una larga, casi interminable serie de personalidades. Estas últimas son como los diversos personajes que un mismo actor representa, con cada uno de los cuales ese actor se identifica y es identificado por el público, por espacio de algunas horas. El hombre interno, o verdadero, que personifica tales caracteres, sabe durante todo aquel tiempo que él es Hamlet, solo por el breve plazo de unos cuantos actos, los cuales, sin embargo, en el plano de la ilusión humana, representa toda la vida de Hamlet. Sabe también que la noche antes fue el rey Lear, que a su vez es la transformación del Otelo de otra noche anterior a aquella. Y aun cuando se supone que el personaje exterior, visible, ignora esta circunstancia —y en la vida real esta ignorancia es desgraciadamente demasiado verdadera—, sin embargo, la individualidad permanente lo sabe muy bien, siendo la del ojo “espiritual” en el cuerpo físico lo que impide que este conocimiento no se imprima en la conciencia de la falsa personalidad.

Se nos dice que los hombres de la tercera raza-raíz poseyeron un tercer ojo físico, hasta cerca del periodo medio de la tercera subraza de la cuarta raza-raíz, cuando la consolidación y perfeccionamiento del organismo humano fue causa de que desapareciera de la anatomía externa del hombre. Sin embargo, psíquica y espiritualmente, su percepción mental y visual duró hasta cerca de la terminación de la cuarta raza, cuando sus funciones, debido a la condición material y depravada de la humanidad, se extinguieron totalmente. Esto fue anterior a la sumersión de la masa del continente atlante. Y ahora podemos volver a los diluvios y a sus muchos “Noés”.

El estudiante tiene que tener presente que ha habido varios diluvios semejantes al que menciona el *Génesis*, y tres mucho más importantes, que se describirán en el tomo IV (Parte 3, Sección 6),

dedicada al asunto de los “continentes sumergidos” prehistóricos. Para evitar, sin embargo, conjeturas erróneas respecto de la pretensión de que la doctrina esotérica comparte en gran modo las leyendas que contienen las escrituras indas; que, además, la cronología de estas últimas es casi la de la primera, solo que explicada y esclarecida; y que, finalmente, la creencia de que el Manu Vaivasvata —¡nombre genérico en verdad!— fue el Noé de los arios y el prototipo del patriarca bíblico; todo esto (que pertenece también a las creencias de los ocultistas) necesita una nueva explicación en la presente oportunidad.

### LOS MANUS PRIMITIVOS DE LA HUMANIDAD

Los que están convencidos de que la “gran inundación”, relacionada con el hundimiento de todo un continente (a excepción de algunas islas), no pudo haber tenido lugar en una época tan remota como la de hace 18 000 000 de años, y que el Manu Vaivasvata es el Noé indio, relacionado con el Avatâra Matsya, o el pez, de Vishnu, pueden sentirse perplejos ante la discrepancia aparente entre los hechos establecidos y la cronología anteriormente expuesta. Pero a la verdad, no hay tal discrepancia. Se ruega al lector que tome *The Theosophist* de julio de 1883, pues estudiando el artículo que contiene sobre “el principio septenario en el esoterismo” se explicará todo el asunto. En la explicación que allí se da es en lo que según creo, difieren los ocultistas de los brahmanes.

Sin embargo, en beneficio de aquellos que no tengan a mano *The Theosophist* de aquella fecha, citaremos uno o dos pasajes del mismo:

¿Quién fue Manu, el hijo de Svayambhuva? La *Doctrina Secreta* nos dice que este Manu no era ningún hombre, sino la representación de las primeras razas humanas, que se desarrollaron con la ayuda de los Dhyân Chohans (Devas), al principio de la primera ronda. Pero se nos dice en sus Leyes (I, 80) que hay catorce Manus en cada kalpa

o “intervalo entre creación y creación” —léase más bien intervalo entre dos Pralayas menores<sup>36</sup>— y que “en la presente edad divina ha habido hasta ahora siete Manus”. Los que saben que hay siete rondas, de las cuales hemos pasado tres, encontrándonos ahora en la cuarta; y que se les ha enseñado que hay siete albores y siete crepúsculos, o catorce Manvantaras; que al principio y al final de cada ronda, y sobre y entre los planetas [globos] hay un “despertar a la vida ilusoria” y un “despertar a la vida real”; y que, además, hay Manus-raíces, y lo que hemos toscamente traducido como Manus-simientes, las simientes de las razas humanas de la ronda futura (o los Shishtas, los supervivientes más aptos<sup>37</sup>, misterio divulgado solamente a los que han pasado el tercer grado de la iniciación); los que han aprendido

---

36 *Pralaya* (palabra que se ha explicado ya) no es un término que se aplica *solamente* a cada “noche de Brahmâ” o la disolución del mundo que sigue a cada Manvantara, igual a 71 Mahâyugas. Se aplica también a cada “oscuración” y hasta a cada cataclismo, que pone fin por medio del fuego o del agua, por turno, a cada raza-raíz. Pralaya es un término general, lo mismo que la palabra “Manu”, nombre genérico de los Shishtas, que bajo el apelativo de “reyes”, se dice en los Purânas son salvados “con la simiente de todas las cosas, en un arca, de las aguas de la inundación [o el fuego de una conflagración volcánica general, cuyos principios vemos ya para nuestra quinta raza en los terribles terremotos y erupciones de estos últimos años, y especialmente en el año presente (1888)], que llegado el tiempo de un Pralava, cubre el mundo [la tierra]” (*Vishnu Purâna*, trad. de Wilson, I, LXXXI). El tiempo es solo una forma de Vishnu verdaderamente, como dice Parâshara en el *Vishnu Purâna*. En los Yugas y Kalpas indos, tenemos las series regulares descendentes 4, 3, 2, seguidas de ceros, multiplicadas, según la ocasión lo requiere, para objetos esotéricos, pero no como Wilson y otros orientalistas han creído, para “ornatos sectarios”. Un Kalpa puede ser una Edad, o un Día de Brahmâ, o un kalpa, sideral, astronómico y terrestre. Estos cálculos se encuentran en todos los *Purânas*, pero algunos difieren, como, por ejemplo: el “Año de los siete Rishis”, 3030 años mortales, y el “Año de Dhruva”, 9090 en el *Linga Purâna*, los cuales son también esotéricos, y representan realmente una verdadera (y secreta) cronología. Según se dice en el *Brahma Vaivarta*: “los cronólogos computan un Kalpa por la vida de Brahmâ. Los Kalpas *menores*, como Samvarta y los demás, son numerosos”. “Kalpas menores” significan aquí todos los periodos de destrucción, según el mismo Wilson lo comprendió, el cual explica estos últimos como aquellos “en que opera el viento Samvarta u otros agentes destructores” (*Ibid.*, pág. 54).

37 Una intuición y un presentimiento de los Shishtas puede verse en el *Esoteric Buddhism*, de Mr. Sinnett. Véanse las “Anotaciones”, la “Teoría del Arca de Noé” (8.ª ed., pág. 162-3).

todo esto, estarán en mejor situación para comprender el sentido de lo que sigue. En las Escrituras Sagradas indas se nos dice que: “El primer Manu produjo otros seis Manus [siete Manus primarios en total], y estos produjeron a su vez cada uno otros siete Manus”<sup>38</sup> (Bhriḡu, I, 61-63), presentándose la producción de estos últimos en los tratados ocultos, como 7 por 7. Así se pone en claro que Manu — el último, el progenitor de la humanidad de nuestra cuarta ronda— debe ser el séptimo, puesto que estamos en nuestra cuarta ronda<sup>39</sup>, y hay un Manu-raíz en el globo A, y un Manu-simiente en el globo G. Así como cada ronda planetaria principia con la aparición de un Manu-raíz (Dhyân Chohan), y termina con un Manu-simiente, así también un Manu-raíz y un Manu-simiente aparecen respectivamente al principio y al fin del periodo humano en cualquier planeta particular [globo]<sup>40</sup>. Se verá fácilmente, por lo que se acaba de

- 
- 38 El hecho de hacerse declarar al mismo Manu que él fue creado por Virâj, y que entonces produjo los diez Prajâpatis, quienes también produjeron siete Manus, que a su vez dieron a luz a otros siete Manus (*Manu*, I, 33—36), se refiere a otros misterios aún más primitivos, y es al mismo tiempo un “velo” respecto de la doctrina de la Cadena Septenaria y la evolución simultánea de siete humanidades u hombres. Sin embargo, la obra presente está escrita según los anales de las Enseñanzas Secretas cishimaláyicas, y la filosofía esotérica Brahmánica puede diferir ahora en la forma, como sucede con la Cábala. Pero en la remota antigüedad eran idénticas.
- 39 Hay además otra razón esotérica, fuera de esta, para ello. Un Vaivasvata es el séptimo Manu, porque esta nuestra ronda, aunque es la cuarta, está en el Manvantara *preseptenario*, y la ronda misma está en su séptimo estado de materialidad, o de lo físico. El final de su punto medio de razas tuvo lugar durante la cuarta raza-raíz, cuando el hombre y toda la naturaleza llegaron al estado más bajo de la materia grosera. Desde aquel tiempo, esto es, desde el final de las tres y media razas, la humanidad y la naturaleza entraron en el arco ascendente de su ciclo de razas.
- 40 El intervalo que precede a cada Yuga es llamado un Sandhyâ, compuesto de tantos cientos de años como miles tiene el Yuga; y el que sigue a este último, es llamado Sandhyâmsha, y es de igual duración, según nos dice el *Vishnu Purâna*. “El intervalo entre el Sandhyâ y el Sandhyâmsha es el Yuga denominado Krita, Tretâ, etc. Los [cuatro] Krita, Tretâ, Dvâpara y Kali constituyen una gran edad, o un agregado de cuatro edades: mil agregados semejantes forman un Día de Brahmâ; y catorce Manus reinan dentro de ese término” (Ob. cit., *ibíd.*, pág. 49). Ahora bien, si debemos aceptar esto literalmente, entonces solo habría un Manu para cada 4 320 000 000 de años. Como se nos enseña que la evolución de los dos reinos inferiores tardó 300 millones de años, y que nuestra humanidad tiene 18 millones y pico, ¿en dónde estaban, pues, los otros Manus mencionados, a menos que la alegoría signifique lo

exponer, que un periodo Manvantárico (Manu-antara) significa, según el término lo demuestra, el tiempo entre la aparición de dos Manus o Dhyân Chohans; y, por tanto, la duración de las siete razas en cualquier planeta particular (globo), es un Manvantara menor, y un Manvantara mayor es el periodo de una ronda humana en torno de la cadena planetaria. Por otra parte, como se dice que cada uno de los siete Manus crea 7 X 7 Manus, y que hay 49 razas raíces en los siete planetas [globos] durante cada ronda, se sigue que cada raza-raíz tiene su Manu. El Manu séptimo presente es llamado "Vaivasvata", y representa en los textos exotéricos a ese Manu que en la India ocupa el lugar del Xisuthros babilónico y del Noé judío. Pero en los libros esotéricos se nos dice que el Manu Vaivasvata, el progenitor de nuestra quinta raza — a la que salvó de la inundación que exterminó casi toda la cuarta o Atlante— no es el séptimo Manu mencionado en la nomenclatura los Manus-raíces o primitivos, sino uno de los 49 Manus emanados de este Manu-raíz.

Para que se comprenda esto mejor, exponemos a continuación los nombres de los 14 Manus en su orden respectivo, y en su relación con cada ronda:

1ª RONDA..	1.ª Manu	(Raíz)	en el Planeta	A. — Sváyambhuva.
	1.ª "	(Simiente)	" "	G. — Svárochi, o Svárochisha.
2ª RONDA..	2ª "	(R.)	" "	A. — Auttami.
	2ª "	(S.)	" "	G. — Tâmasa.
3ª RONDA..	3.ª "	(R.)	" "	A. — Raivata.
	3.ª "	(S.)	" "	G. — Châkshusha.
4ª RONDA..	4ª "	(R.)	" "	A. — Vaivasvata
	4ª "	(S.)	" "	(nuestro Progenitor). G. — Sâvarna (del mismo color o casta.
5ª RONDA..	5ª "	(R.)	" "	A. — Dakshasâvarna.
	5ª "	(S.)	" "	G. — Brahmasâvarna.
6ª RONDA..	6ª "	(R.)	" "	A. — Dharmasâvarna.
	6ª "	(S.)	" "	G. — Rudrasâvarna.
7ª RONDA..	7ª "	(R.)	" "	A. — Rauchya - [daiva-]sâvarna.
	7ª "	(S.)	" "	G. — Bhaurya.

---

que enseña la Doctrina Esotérica respecto a que los 14 están cada uno multiplicado por 49?

Así, pues, Vaivasvata, aunque séptimo en el orden expuesto, es el Manu-raíz primitivo de nuestra cuarta ola humana (el lector debe tener siempre presente que Manu no es un hombre, sino la humanidad colectiva), mientras que nuestro Vaivasvata solo fue uno de los siete Manus menores que presiden sobre las siete razas de este nuestro planeta (globo). Cada uno de ellos tiene que ser testigo de uno de los cataclismos periódicos, y siempre recurrentes (por el fuego y por el agua), que cierran el ciclo de cada raza-raíz. Y este Vaivasvata —la encarnación ideal inda llamada respectivamente Xisuthros, Deucalion, Noé y otros nombres— es el “hombre” alegórico que salvó a nuestra raza, cuando casi toda la población de un hemisferio pereció por el agua, al pase que el otro hemisferio se despertaba de su oscuración temporal<sup>41</sup>.

De este modo, se demuestra que no hay verdadera discrepancia al hablar del Manvantara Vaivasvata (Manu-antara, literalmente “entre dos Manus”) como antiguo en 18 000 000 y pico de años, cuando el hombre físico, o verdaderamente humano, apareció primeramente en esta cuarta ronda sobre esta tierra; y de los otros Vaivasvatas, verbigracia, el Manu de la gran inundación cósmica

---

41 Las palabras “creación”, “disolución”, etc., no dan exactamente el verdadero significado del Manvantara ni del Pralaya. El *Vishnu Purâna* enumera varios: “La disolución de todas las cosas es de cuatro clases” dicese que dijo Parâshara: Naimittika (ocasional) cuando Brahmâ dormita (su noche, cuando “al final de este día ocurre una recalescencia del Universo, llamada la recalescencia contingente de Brâhma”, porque Brahmâ es este Universo mismo); Prâkritika (elemental) cuando la vuelta de este Universo a su naturaleza original, es parcial y física; Âtyantika (absoluta), la identificación del espíritu encarnado con el espíritu incorpóreo supremo —el estado Mahâtmico, ya sea temporal o hasta el siguiente Mahâ Kalpa; también la oscuración absoluta— como de toda una cadena planetaria, etc., y Nitya (perpetua), el Mâha-Pralaya para el Universo, la muerte para el hombre. Nitya es la extinción de la vida, como la “extinción de una lámpara”, y también “en sueños por la noche”. Nitya Sarga es la creación constante o perpetua”, así como Nitya Pralaya es “la destrucción constante o perpetua de todo lo que nace”. “Lo que surge después de una disolución menor es llamado creación efímera” (*Vishnu Purâna*, trad. de Wilson, I, 113, 114). El asunto es tan difícil, que nos vemos obligados a repetir nuestras afirmaciones.

o sideral —un misterio— y también el Manu Vaivasvata de los sumergidos Atlantes, cuando el Vivasvata de la raza salvó a la humanidad escogida, la quinta raza, de una destrucción completa. Como estos diversos sucesos tan diferentes están intencionalmente mezclados en el Vishnu y otros Purânas en una sola narración, puede quedar aún en la mente del lector mucha perplejidad. Siendo, por tanto, necesarias más aclaraciones, se nos deben perdonar las repeticiones inevitables. Los “velos” que ocultan los verdaderos misterios de la filosofía esotérica son grandes e intrincados, y aun hoy no puede decirse la última palabra. Sin embargo, el velo puede ser levantado un poco más aún, y ofrecerse ahora al estudiante ansioso, algunas explicaciones que hasta el presente se han negado.

Según observó, si no estamos equivocados, el coronel Vans Kennedy: “El primer principio en la filosofía religiosa inda es la unidad en la diversidad”. Si todos esos Manus y Rishis son llamados por un nombre genérico, se debe al hecho de que todos ellos son las energías manifestadas de uno y el mismo logos, los mensajeros y permutaciones, celestiales así como terrestres, de aquel principio que está siempre en un estado de actividad —consciente durante el periodo de la evolución cósmica, e inconsciente (desde nuestro punto de vista) durante el reposo cósmico—; pues el Logos duerme en el seno de aquello que “no duerme”, ni está nunca despierto, porque es *sat* o la “seidad”, no un ser. De ello surge el gran logos invisible, que desenvuelve todos los demás logos; el manu primordial que da el ser a los demás Manus, que emanan colectivamente al universo y todo lo que encierra, y que representa en su conjunto el Logos manifestado<sup>42</sup>. Por esto nos dicen los comentarios que, al paso que ningún Dhyân Chohan, ni aun el más elevado, puede conocer por completo: el estado de la precedente evolución cósmica...

---

42 Pero véanse las soberbias definiciones de Parabrahman y del logos en las conferencias de T. Subba Row sobre el *Bhagavad-gîtâ*, en los primeros números de *The Theosophist* de 1887.

Los Manus conservan el conocimiento de sus experiencias en todas las evoluciones cósmicas a través de la eternidad.

Esto es muy claro: el primer Manu es llamado Svâyambhuva, el “manifestado por sí mismo”, el hijo del padre no manifestado. Los Marus son los creadores de los creadores de nuestra primera raza — el espíritu de la humanidad—, lo cual no impide que los siete Manus hayan sido los primeros hombres preadámicos sobre la tierra.

Manu se declara creado por Virâj<sup>43</sup>, o Vaishvânara, el espíritu de la humanidad<sup>44</sup>, lo cual significa que su Mónada emana del principio que nunca reposa, en el comienzo de cada nueva actividad cósmica; de aquel logos o mónada universal (Elohim colectivo), que irradia de dentro de sí mismo todas esas Mónadas cósmicas que se convierten en los centros de actividad, los progenitores de los innumerables sistemas solares, así como de las mónadas humanas aún no diferenciadas de las cadenas planetarias, así como de todos los seres que encierran. Svâyambhuva, o nacida por sí, es el nombre de toda Mónada cósmica que se convierte en el centro de fuerza, de dentro del cual surge una cadena planetaria (de cuyas cadenas hay siete en nuestro sistema). Y las radiaciones de este centro se convierten también en otros tantos Manus Svâyambhuva (nombre genérico misterioso que significa mucho más de lo que parece), y cada uno de ellos se convierte, como hueste, en el creador de su propia humanidad.

En cuanto a la cuestión de las cuatro distintas razas de la especie humana que precedieron a nuestra quinta raza, nada de místico hay en ello, excepto los cuerpos etéreos de las primeras razas; y esto es materia de historia legendaria, aunque, sin embargo, muy exacta.

---

43 Véase la nota anterior.

44 Véase *Manusmriti*. Vaishvânara es, en otro sentido, el fuego magnético viviente que impregna al sistema solar manifestado. Es el aspecto más objetivo (aunque para nosotros es lo contrario), y siempre presente, de la vida una; pues es el principio vital (Véase *The Theosophist*, julio 1883, pág. 249, Adyâya, I, slokas 32, 33. “Prakriti y Purusha”). Es también un nombre de Agni.

La leyenda es universal. Y si los sabios occidentales no gustan ver en ella sino un mito, en nada absolutamente influye. Los mexicanos tenían, y tienen aún, la tradición de la cuádruple destrucción del mundo por el fuego y el agua, lo mismo que la tenían los egipcios y que la tienen hasta hoy los hindúes.

Tratando de explicar la comunidad de leyendas que tienen los chinos, los caldeos, los egipcios, los indos y los griegos en la remota antigüedad, y la ausencia de vestigios seguros de una civilización más antigua que 5000 años, el autor de *Mythical Monsters* observa lo siguiente:

No debe... sorprendernos no descubrir en seguida los vestigios de la gente de hace diez, quince o veinte mil años. Con una arquitectura efímera... [como en China], los sitios que han ocupado las grandes ciudades pueden haber sido completamente olvidados en unos cuantos miles de años por decaimiento y ruina naturales, y mucho más... si... han intervenido cataclismos menores, tales como inundaciones locales, terremotos, aglomeraciones de cenizas volcánicas... el avance de arenas del desierto, la destrucción de las vidas por pestes mortíferas, por miasmas, o por la salida de vapores sulfurosos<sup>45</sup>.

Puede inferirse cuántos de estos cataclismos han cambiado toda la superficie de la tierra, por la siguiente Estancia del comentario veintidós:

Durante los primeros siete croes [70 000 000 de años] del Kalpa, la tierra y de sus dos reinos [mineral y vegetal], habiendo concluido el uno su séptimo círculo, y el otro estando apenas naciente, son luminosos y semietéreos, fríos, sin vida y transparentes. En el crore

---

45 *Ob. cit.*, págs. 134, 135.

undécimo<sup>46</sup>, la Madre [la tierra] se hace opaca, y en el catorce<sup>47</sup> tienen lugar las angustias de la adolescencia. Estas convulsiones de la naturaleza [cambios geológicos] duran hasta su vigésimo crore de años sin interrupción, después de lo cual se hacen periódicos, y a largos intervalos.

El último cambio se verificó hace cerca de doce crores [120 000 000 de años], pero la Tierra, con todo lo de su superficie, se había enfriado, endurecido y asentado edades antes.

Así, pues, si hemos de creer a la enseñanza esotérica, no han ocurrido disturbios ni cambios geológicos universales desde hace ciento veinte millones de años; pero la tierra, aun antes de ese tiempo, estaba en situación de recibir su provisión humana. La aparición de esta *última*, sin embargo, en su completo desarrollo físico, tuvo lugar, según se ha dicho ya, hace solo unos dieciocho millones de años, después del primer gran fracaso de la naturaleza

---

46 Esto es, en el periodo de la llamada creación secundaria. De la primaria, cuando la tierra está en posesión de los tres reinos elementales, no podemos hablar por varias razones, una de las cuales es la de que nadie excepto un gran vidente, o uno naturalmente intuitivo, podrá nunca comprender a fondo lo que no puede nunca expresarse por palabras existentes,

47 Hipócrates decía que el número siete, “por sus virtudes ocultas, tendía al cumplimiento de todas las cosas, era el dispensador de la vida y la fuente de todos sus cambios”. Dividía la vida del hombre en siete periodos, como lo hizo Shakespeare; pues “como la luna cambia sus fases cada siete días, este número influye en todos los seres sublunares”, y hasta en la tierra, como sabemos. Los dientes del niño aparecen al séptimo mes, y los cambia a los siete años; a las dos veces siete principia la pubertad; a las tres veces siete sus facultades mentales y vitales están desarrolladas; a las cuatro veces siete está en plena fuerza; a las cinco veces siete sus pasiones alcanzan su mayor desarrollo, etc. Lo mismo sucede con la tierra; esta se encuentra ahora en su edad media, y, sin embargo, muy poco sabia para ella. El Tetragrammaton, el sagrado nombre de cuatro letras de la Deidad, solo puede resolverse en la tierra convirtiéndose en septenario por medio del Triángulo manifestado procedente de la Tetraktys oculta. Por tanto, el número siete tiene que ser adoptado en este plano. Según está escrito en la *Cabbalah* (“La asamblea santa mayor”, ver. 1161): “Pues seguramente no hay estabilidad en los seis, excepto (la que derivan) del séptimo. Porque todas las cosas dependen del séptimo” (*Cabbalah*, de S. L. Macgregor Mathers, pág. 255).

para crear seres por sí sola —esto es, sin la ayuda de los “constructores” divinos— y después de la sucesiva evolución de las tres primeras razas que siguió a aquel<sup>48</sup>. la duración verdadera de las primeras dos y media razas se reserva, excepto únicamente para los iniciados superiores. la historia de las razas principia con la separación de los sexos, cuando la precedente raza andrógina, productora de huevos, se hubo extinguido con rapidez, y las subrazas siguientes de la tercera raza-raíz aparecieron como una raza, por completo nueva, fisiológicamente. Esta “destrucción” es la que alegóricamente se llama el gran “diluvio del Manu Vaivasvata”, cuando la narración muestra al Manu Vaivasvata, o la humanidad, permaneciendo solo sobre la tierra en el Arca de salvación, remolcada por Vishnu en la figura de un pez monstruoso, y los siete Rishis “con él”. la alegoría es muy clara.

En el simbolismo de todas las naciones, el “diluvio” representa la materia caótica indeterminada —el Caos mismo; y el agua el principio femenino— el “gran océano”. Según expone el *Diccionario griego de Parkhurst*:

!Arch> corresponde al rasit hebreo, o sabiduría... y [al mismo tiempo] al emblema del poder generador femenino, el *arg* o arca, en que el germen de la naturaleza [y de la humanidad] flota o se desarrolla sobre el gran abismo de las aguas, durante el intervalo que tiene lugar después de cada ciclo del mundo [o de raza].

Arché (!Arch>) o Arca, es también el nombre místico del espíritu divino de la vida, que se desarrolla sobre el caos. Ahora bien, Vishnu es el espíritu divino como principio abstracto, y también como el preservador y generador, o dador de la vida —la tercera persona de la Trimûrti—, compuesta de Brahmâ el Creador, Shiva el destructor, y Vishnu el Preservador. A Vishnu se le presenta,

---

48 Compárense Estancias III y sig.

en la alegoría, bajo la forma de un pez, guiando el arca del Manu Vaivasvata sobre las aguas de la Inundación. Es inútil hacer digresiones acerca del sentido esotérico de la palabra pez (como han hecho Payne Knight, Inman, Gerald Massey y otros). Su sentido teológico es fálico, pero el metafísico es divino. Jesús fue llamado el Pez, como lo fueron Vishnu y Baco; I H E, el “Salvador” de la Humanidad, siendo solo el monograma del dios Baco, que era llamado también I C Q U S, el pez<sup>49</sup>. Por otra parte, los siete Rishis del Arca simbolizan los siete “principios”, los cuales se completaron en el hombre después que él se separó y se convirtió en una criatura humana, cesando así de ser divina.

Pero volviendo a las razas, los detalles acerca de la sumersión del continente habitado por la segunda raza-raíz no son numerosos. Se da la historia de la tercera o Lemuriana, como también la de los Atlantes; pero solo se alude a las otras. Se dice que la Lemuria pereció sobre 700 000 años antes del principio de lo que ahora se llama la Edad Terciaria (el Eoceno)<sup>50</sup>. Durante este diluvio (esta vez un verdadero diluvio geológico), al Manu Vaivasvata se le muestra salvando también a la especie humana —en realidad a una parte de ella, la cuarta raza— precisamente lo mismo que salvó a la quinta raza cuando la destrucción de los últimos Atlantes, los restos que perecieron hace 850 000 años<sup>51</sup>, después de lo cual ya no volvió a haber ninguna gran sumersión hasta los días de la Atlántida de

---

49 San Agustín dice de Jesús: “Es un pez que vive en medio de las aguas”. Los cristianos se daban el nombre de “peces pequeños” —Pisciculi— en sus misterios sagrados, “tantos peces criados en el agua y salvados por un gran pez”, dice Tertuliano de los cristianos, de Cristo y de la Iglesia.

50 *Esoteric Buddhism* (8.ª ed., pág. 67).

51 Este suceso, a saber: la destrucción de la famosa Isla de ruta y la más pequeña de Daitya, que ocurrió hace 850 000 años en los últimos tiempos pliocenos, no debe confundirse con la sumersión del Continente principal de los Atlantes durante el periodo mioceno. Los geólogos, hagan lo que quieran, no pueden asignar al periodo mioceno una época tan reciente como la de hace 850 000 años; en realidad, hace varios millones de años que pereció la masa principal Atlante.

Platón, o Poseidonis, la cual era conocida de los egipcios solo porque aconteció en tiempos relativamente recientes.

La sumersión de la gran Atlántida es la más interesante. Ese es el cataclismo del cual los anales antiguos, tales como el *Libro de Enoc*, dicen: “Los extremos de la Tierra se aflojaron” y sobre el cual se han construido las leyendas y alegorías de Vaivasvata, Xisuthros, Noé, Deucalión y todos los *tutti quanti* de los Elegidos Salvados. Como la tradición no tiene en cuenta la diferencia entre los fenómenos siderales y los geológicos, llama a ambos “Diluvios”, sin distinguir. Sin embargo, hay una gran diferencia. El cataclismo que destruyó el enorme continente, del cual es la Australia la reliquia mayor, fue debido a una serie de convulsiones subterráneas, y a la ruptura del lecho de los mares. El que destruyó a su sucesor, el cuarto continente, fue ocasionado por disturbios sucesivos de la rotación del eje. Principió durante los primeros periodos terciarios, y continuando durante largas edades, se llevó sucesivamente los últimos vestigios de la Atlántida, con la excepción, quizás, de Ceilán y una pequeña parte de lo que es ahora el África. Cambió él la faz del globo, sin que haya quedado memoria alguna de sus florecientes continentes e islas, de su civilización y ciencias, en los anales de la historia, excepto en los *Anales sagrados del Oriente*.

Por esto niega la ciencia moderna la existencia de la Atlántida. Niega ella hasta todo cambio violento del eje de la tierra y quisiera atribuir el cambio de climas a otras causas. Pero esta cuestión continúa en pie. Si el Dr. Croll afirma que todas esas alteraciones pueden explicarse por los efectos de la nutación y de la precesión de los equinoccios, hay otros, tales como *sir* Henry James y *sir* John Lubbock<sup>52</sup>, que están más inclinados a aceptar la idea de que son debidas a un cambio en la posición del eje de rotación. En contra de esto están a su vez la mayoría de los astrónomos. Esto, no obstante, ¿qué es lo que han dejado siempre de negar y de combatir, solo para

---

52 Véase *The Atheæum*, agosto 25, 1860.

aceptarlo más tarde, cuando la hipótesis se ha convertido en un hecho innegable?

Más adelante, en la adenda del volumen IV, se verá en cuánto concuerdan, o más bien, están en desacuerdo, nuestras cifras con la ciencia moderna, al comparar cuidadosamente la geología y la antropología de nuestra época moderna con las enseñanzas de la ciencia arcaica. En todo caso, el periodo asignado por la Doctrina Secreta al hundimiento de la Atlántida no parece estar muy en desacuerdo con los cálculos de la ciencia moderna, la cual, sin embargo, llama “Lemuria” a la Atlántida, siempre que admite tal continente sumergido. Respecto del periodo prehumano, todo lo que puede decirse ahora es que, aun antes de la aparición de la primera raza “sin mente”, la tierra no carecía de habitantes. Podremos añadir, sin embargo, que lo que la ciencia, que solo reconoce al hombre físico, tiene derecho a considerar como el periodo prehumano, puede concederse que se extendió desde la primera raza hasta la primera mitad de la raza Atlante, puesto que solo entonces fue cuando el hombre se convirtió en el “ser orgánico completo que ahora es”. Esto solo concedería al hombre adámico unos cuantos millones de años<sup>53</sup>.

El autor de la *Qabbalah* observa con verdad que: “El hombre de hoy, como individuo, solo es una concatenación del modo de ser de la vida humana precedente”, o más bien de las vidas.

---

53 *Mr. Huxley divide estas razas en el quintuple grupo de australoides, negroides, mongoloides, xantocroicos y melanocroicos, saliendo todos de los Antropoides imaginarios. Y, sin embargo, al paso que protesta contra los que dicen “que las diferencias de estructura entre el hombre y los monos son pequeñas e insignificante? y que añade que “todos los huesos del gorila llevan una marca por la cual pueden distinguirse de los huesos humanos correspondientes, y que, a lo menos en el presente estado de la creación, ningún ser intermediario llena el vacío que separa al hombre del troglodita”, el gran anatómico continúa luego hablando de las características simias del hombre! (Véase de Quatrefages, *The Human Species*, pág. 113).*

Según la Qabbalah, las chispas de alma contenidas en Adán se separaron en tres clases distintas, correspondientes a sus tres hijos, a saber: *'Hesed*, Habel; *Ge'boor-ah*, Qai-yin, y *Ra'h-min*, Seth. Estos tres fueron divididos en... 70 especies, llamadas las principales raíces de la raza humana<sup>54</sup>.

El Rabí Yehudah dijo: “¿Cuántas vestiduras [del hombre incorpóreo] son estas a las cuales se ha dado cima [desde el día en que el hombre fue creado]?” Dijo R. Elazar: “Las montañas del mundo (los grandes hombres de la generación) discuten el asunto, pero hay tres: una para encerrar en ella el espíritu *Rua'h*, el cual está en el jardín (del Edén) sobre la tierra; una que es más preciosa que todas, con la cual el *Neshamah* está revestido, en aquel Conjunto de vida, entre los ángeles de los reyes... ; y una vestidura exterior, que existe y no existe, que es vista y no vista. Con esta vestidura está *Nephesh* revestido, y en ella va y vuela en el mundo de un lado para otro<sup>55</sup>.

Esto se refiere a las razas, a sus “vestiduras” o grados de materialidad, y a los tres “principios” del hombre en sus tres vehículos.

---

54 *Ob. cit.*, Isaac Myer, pág. 422.

55 *Zohar*, I, 119 b, col. 475; *ibid.*, pág. 412.

